

Las contraventanas golpeaban con violencia empujadas por el furioso viento. Las calles estaban regadas por la sangre que, alumbrada por la luz lunar, bañaba a todo el pueblo con una luz rojiza. Olía a sangre, corrupción y cuerpos en podredumbre. Las calles eran estrechas, y las casas se agrupaban unas apiñadas contra otras, incluso unas encima de otras, en una especie de orden caótico hasta que todo desembocaba en una pequeña plazuela, donde un edificio en llamas que parecía ser el ayuntamiento alumbraba perfectamente todo el lugar.

Un árbol de aspecto centenario ardía y en él habían sido clavadas varias personas. Sus cadáveres eran irreconocibles. Desollados y colgados boca abajo eran picoteados por los cuervos, cuervos que disfrutaban de un gran banquete. No eran los únicos cadáveres, se hacía prácticamente imposible caminar sin pisar un cadáver o trozos cercenados y medio devorados.

Todo podía verse desde el desván de una casa hecha con paja y arcilla. Tres niñas, con los ojos hinchados y rojos de llorar, se encontraban sucias y en silencio abrazadas por su madre. Ésta última tenía la mirada perdida y se mantenía callada abrazando a sus hijas muy fuerte. Eran lo único que tenía. A su lado, tenía un pequeño madero con un clavo, cosa que no serviría de nada contra los invasores, pero le otorgaba seguridad.

Todo pasó demasiado rápido. La escotilla del desván explotó de un golpe contundente y varios zombies seguidos por un demonio irrumpieron en el lugar. El hedor era insoportable.

La madre actuó rápido: Se incorporó y mantuvo a sus hijas tras de sí todo el rato. Lanzó un golpe contra la cabeza del zombie más cercano y ésta se abrió como si de un fruto se tratara, el zombie cayó al suelo y lo bañó todo de una sangre espesa y negruzca.

Las niñas chillaban y lloraban asustadas. Eran muy guapas, la belleza de la niñez, de la candidez, esa candidez que no existe en otra etapa, que hace pensar que todo el mundo es bueno y amable. La más pequeña portaba un pequeño muñequito de paja

La madre, nerviosa y asustada movía los brazos haciendo amagos inacabados de ataque para mantener a los enemigos lejos. Pero el cerco se estrechaba. El demonio empujó a los zombies y se puso delante de la mujer. Era alto aproximadamente dos metros y tan ancho como 3 mujeres del tamaño de la madre.

Intentó atacar con el arma pero ésta se partió por la mitad al impactar contra el pecho del demonio. El clavo que tenía en la punta se quedó colgando del pecho del demonio, que lo miró y se lo quitó sin el menor gesto de preocupación. Entonces miró a la mujer. La agarró del cuello y la mordió en el hombro, ésta chilló y pateó dolorida.

Algo llamó la atención del demonio ya que la lanzó por los aires contra el muro más cercano perdiendo la conciencia al instante. Lo último que escuchó fue los gritos de dolor de sus hijas.

Abrió los ojos pasadas unas cuantas horas. El sol empezaba a despuntar en el horizonte y el silencio cundía en el pequeño poblado. No entendía nada, todo estaba nublado en su cabeza, pero entonces los recuerdos acudieron a su mente tan rápido que le costó asimilarlo todo a la vez. Intentó incorporarse, le dolía todo el cuerpo y cuando se puso en pie se tambaleó durante unos segundos.

Se tambaleó hasta donde deberían estar las niñas, solo había un enorme charco de sangre y el pequeño muñeco de paja tirado en el suelo. Se arrodilló y rompió en llanto, gritaba y gritaba con rabia y dolor. El dolor que solo una madre puede sentir al perder a sus hijos.

Estaba tan metida en sí misma que no reparó en una esbelta figura que se encontraba sentada sobre

el cadaver del demonio, justo al lado de la destrozada puerta que daba paso al desván. Llevaba una capucha y la iluminación mantenía su rostro oculto.

- No volverán. - Pronunció lenta y pausadamente. - Nadie te ayudará a recuperarlas.

Su voz era grave, oscura y penetrante. Al oír la voz, la mujer se sobresaltó, y agarró con fuerza el muñeco de paja. No sentía miedo, no sentía nada respecto al extraño, nada para ella tenía sentido desde esa misma noche.

- ¡Yo debería haber muerto, no ellas! - Gritó entre sollozos
- Palabras, palabras, palabras. - Se incorporó y dejó entrever su rostro, una sonrisa burlona, pícaro y mortecino cruzaba su semblante. - Están muertas – Tomó aire y carraspeó. - Nadie te las devolverá, pero puedes hacer que todo esto haya servido para algo. Véngalas, destruyelos, destrozalos, ensartalos en un baile de visceras y sangre... Haz que cuente.

La joven madre intentó hablar pero el Cazador le interrumpió.

- No hables, no digas nada, solo toma mi mano y hazles pagar por lo ocurrido – El cazador le tendió la mano a la mujer – En unos años, ningún demonio podrá hacerte frente. - Ven conmigo.

Para ella, todo había pasado muy rápido, aun no había tenido tiempo siquiera para entenderlo todo, sin embargo, una sensación profunda de rabia, ira y ansias de sangre la embargó. Agarró la mano del cazador con fuerza.